

RESEÑAS

SILVIA ARROM, *Para contener al pueblo: el Hospicio de Pobres de la ciudad de México, 1774-1871*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, 2010, pp. ISBN

Silvia Arrom me toma del brazo y me invita a caminar. Nos internamos por los pasillos claroscuros de un edificio colonial. La humedad y el frío de la mañana persiguen nuestros pasos. Me cuenta pequeñas historias al igual que si me mostrara fotografías. Las teje a un relato más grande como si construyera un paisaje colorido. Todo trata de la pobreza de la gente. De las pulgas que soñaban comprar un perro. De los que no tienen para vivir y a los que recluyen en este hospicio. Esta es una historia de una casa que no termina de derrumbarse nunca: la pobreza en la ciudad de México. La autora nos sitúa en un lugar y una época, el hospicio de pobres entre los siglos XVIII y XIX, una institución de caridad y encierro que repetía en el interior de sus muros los defectos de la gente fuera de éstos.

El hospicio de pobres se construyó a partir de voluntades caritativas y de empeños por quitar a los limosneros de la calle. Era el

siglo XVIII en la ciudad de México: una metrópoli que por entonces tenía las calles tapizadas de gente estirando la mano. En aquel entonces se prohibió pedir limosna al tiempo en que se abrieron las puertas del hospicio de pobres. Después de todo, esa era la finalidad: que ya no se mendigara el sustento a los transeúntes, a los que salían de las iglesias, a los que pasaban en un carro tirado por caballos, a los que se dirigían al trabajo, a los que venían de arreglar un asunto importante. Es decir, a los que tenían algo verdaderamente provechoso que hacer con su vida: la clase privilegiada.

Algunos mendigos entraron por voluntad propia; otros fueron forzados a internarse. En un principio se admitía a cualquiera que no tuviera la posibilidad de sustentarse por sí mismo; aunque si algún familiar se hacía cargo y con ello dejaba la mendicidad, se salvaba del encierro.

Los métodos para elegir quién se quedaba y quién no, iban más allá de la prohibición de pedir caridad: dependían del juicio de los que dirigían la institución. Si estos últimos consideraban que la gente no podía sostenerse por sí misma y que por lo tanto estaba orillada a sobrevivir por medio de limosnas, era internada independientemente de su deseo personal.

Durante las dos primeras décadas de apertura del asilo, que inició en 1774, se tuvo claro el propósito de ayudar a los pobres y evitar que pidieran dádivas. La institución sobrevivía de impuestos, caridades y la Lotería Nacional con intermitencias. Desde el principio tuvo problemas económicos y se manejó en números rojos. Las peores épocas llegaron cuando no se tenía ni para pagar a los empleados: una situación común, que solía prolongarse durante meses. Aun así, el hospicio de pobres sobrevivía con una población que crecía o disminuía periódicamente.

El requisito o la obligación de permanencia era la insuficiencia para sostenerse por sí mismo y tener que recurrir a la mendicidad; esto presuponía igualdad dentro del edificio. Sin embargo sucedía lo contrario, principalmente había diferenciaciones de

casta. Los mejores lugares estaban reservados para españoles y criollos. La población restante ocupaba las demás habitaciones. Ahí dormían mestizos, indios y negros.

El objetivo filantrópico inicial del hospicio se desvirtuó al aceptar a jóvenes delincuentes, mujeres embarazadas (o con niños) pero sin marido; indios rebeldes llamados mecos; aristócratas criollos venidos a menos y gente que, aunque pudiera sostenerse por sí misma, era relegada del grupo familiar por su conducta reprobable.

Conforme abundaba la gente que no estaba ahí por pedir limosna surgieron otras necesidades que fueron perseguidas en descuido del objetivo primordial. De esta manera nació una sección dedicada a corregir a los jóvenes delincuentes, otra que funcionó como hospital para partos “reservados”, y otra más que se llamó escuela patriótica, cuyo objetivo era enseñar oficios a niños que habitaban el hospicio, así como alfabetizarlos. Poco después de inauguradas, las únicas secciones sobrevivientes fueron la del hospital y la de la escuela. La sección correccional cerró por carecer de utilidad.

En el siglo XIX la institución cambió en su interior considerablemente. Los recursos escasearon todavía más que en el pasado; la población general había disminuido; la escuela patriótica tenía pocos estudiantes; los viejos eran cada vez más, en cuanto a su número, entre los habitantes del hospicio. Esto trajo gastos adicionales, pues se necesitaban medicamentos y cuidados especiales. Aun con la decreciente población general, la de huérfanos aumentó; la época de la guerra de independencia dejó a niños sin padres.

Aunque el objetivo de la institución era ayudar a los pobres, una de sus funciones se privilegió sobre las otras: la escuela patriótica. El número de alumnos en el siglo XIX cada vez era mayor, en proporción con la población del asilo. La mayoría de los que aprendían a leer, escribir y hacer cuentas eran hombres. Las mujeres aprendían a bordar y a zurcir.

Los cambios económicos y sociales de la independencia llevaron desventuras al hospicio de pobres. La salida del gobierno ante la falta de dinero fue gravar nuevos impuestos, entre los que se contaba el de esposarse. El hospicio de pobres no fue abandonado, pero el gobierno virreinal no siguió sosteniéndolo como antes. Si bien el lugar siempre se había manejado con números rojos, ahora era más difícil sostenerlo: la guerra fue cara, los recursos menguaron, y llegó el tiempo en que los trabajadores no percibieron 14 meses de sueldo.

En el final del primer tercio del siglo XIX, la institución acreció la estabilidad de otras épocas. Superó la crisis que le había heredado la guerra de independencia. Sobrevivió a instituciones de beneficencia que cerraron sus puertas temporal o definitivamente: fueron los casos de las instituciones para niños expósitos y de mujeres recogidas.

La estabilidad fue temporal pese a la ley de desamortización de la propiedad comunal, que mandaba que las propiedades que no usaran las asociaciones cotidianamente serían confiscadas. Esto, aunque al principio no tuvo gran repercusión en el hospicio de pobres, después fue dañándolo pues se vio forzado a vender las propiedades que lo sustentaban, desapegarse de la caridad religiosa y depender de la beneficencia pública creada por la segunda administración de Juárez.

Si bien el gobierno de Maximiliano aportó en gran medida a la armonía económica del hospicio de pobres, la guerra de Reforma originó estragos irreversibles: el descuido de las instalaciones; la falta de mantenimiento, el retorno de la crisis económica institucional y el uso de emergencia del edificio para curar a los heridos de guerra.

Lo que describo se puede observar con mayor precisión y abundancia en el libro de Silvia Arrom: un viaje que nos aleja de la historia oficial, nos muestra ratos y rincones distintos de los que describe normalmente la historiografía mexicana. Un paseo

matutino por las sombras de la ciudad de México: los pobres desabrigados que pedían limosna y un edificio que intentó cubrirlos.

Julio Morales Rodríguez

Universidad Autónoma de Baja California

PILAR GONZALBO AIZPURU, *Vivir en Nueva España. Orden y desorden en la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2009, 408 pp. ISBN 9786074620221

En 1998, Pilar Gonzalbo publicó *Familia y orden colonial*, un estudio ya clásico, entre demografía e historia social; en 2006 pudimos leer *Introducción a la historia de la vida cotidiana*,¹ algo más que un simple manual de lo que aquí llama “las rutinas consideradas irrelevantes y las formas de comportamiento que aparentaron ser espontáneas pero que siempre respondieron a motivaciones previamente asimiladas” (p. 9). Lo sorprendente no es que quisiera en algún momento ligar los dos temas en un libro sobre “el vivir (y latir)” de los novohispanos (y sobre todo de los de la ciudad de México) a lo largo de tres siglos —acentuando la fase desde el último tercio del XVIII—, sino que lo lograra en tan sólo unas 400 páginas. Lo cual implica una escritura densa, aunque siempre de gran claridad: la experiencia se vuelve síntesis y reflexión, casi rayando con la abstracción a veces, pero el oficio de historiar añade los ejemplos precisos que iluminan el camino.

Si se alcanza tal economía en este libro es que la trama misma de la obra está sumamente apretada. La percepción del conjunto de vivencias, hasta su contenido filosófico, y la organización de la obra se entretajan en algo complejo y casi exhaustivo pero de gran firmeza que logra ser al final una demostración sin fallas.

¹ Los dos bajo el mismo sello editorial de El Colegio de México.